

Piscina en Bagnoux. Foto: David Romero Uzeda

DOMINIQUE COULON

Tensión en el vacío

Concebidas para marcar nuestro imaginario, las obras de Dominique Coulon despiertan nuestros sentidos con su vocabulario desbordante de matices. Poderosas, inesperadas y pródigas, nos descubren con placer que una vida mejor es posible. ROOM Diseño conversó con el arquitecto francés en su nuevo estudio, inaugurado hace un par de meses. Esta es su visión del mundo.

Texto: Arturo Romero - Fotos: Cedidas por Dominique Coulon et Associés

A veces no es fácil encontrar una definición que englobe la complejidad de algunos oficios. El estrasburgués Dominique Coulon ha conseguido sintetizar en una frase rotunda la esencia de su trabajo: “la arquitectura es poner en tensión el vacío”. No podía ser más certero. Al pasear por sus construcciones es fácil sentirse conmovido por la experiencia espacial a la que nos confronta. Sus proyectos, concebidos siempre desde el interior, albergan multitud de sorpresas que no se hacen evidentes hasta recorrerlos. Por fuera, se comportan como enigmáticas joyas regaladas al paisaje urbano que aceleran nuestra curiosidad.

El despertar educativo

Hijo, hermano y nieto de maestras, a Coulon no le extraña dedicar una gran parte de su práctica profesional al diseño de centros escolares. En sus manos, la arquitectura se convierte en una herramienta pedagógica que estimula el aprendizaje y el despertar lúdico de los chavales. Alejado de tradicionalismos, apuesta por espacios generosos, dotados de dulzura y humor, para que alumnos y profesores puedan desarrollarse en serenidad.

Dominique Coulon.- El colegio al que yo fui era muy austero, no invitaba a soñar. ¡Pero ahora puedo intentar cambiar eso! En Francia falta una cultura espacial, y las escuelas pueden ser el punto de partida adecuado para potenciar estos conocimientos. Quiero pensar que nuestros edificios sirven para crear nuevas formas de pensar. Una especie de pedagogía arquitectónica *in situ*.

ROOM Diseño.- ¿Con qué herramientas cuentas para ello?

D.C.- A veces con acciones sutiles que parten de obsesiones personales. En mi colegio, las ventanas eran altas y la parte inferior del vidrio estaba pintado para evitar que viésemos el exterior. Así que en la escuela de Saint Jean, en Estrasburgo, alineamos la altura del alféizar con la altura de la mesa, que es distinta según el curso. Esto ofrece una gran sensación de apertura a alumnos de todas las edades y tamaños. Otra acción presente en muchas de nuestras realizaciones es la creación de un gran espacio alrededor del cual se organizan aulas y demás usos específicos. Debería haber más lugares de este tipo, sin función determinada, que puedan acoger todo tipo de sucesos.

R.D.- Un arquitecto tan alejado de los excesos cromáticos como Alberto Campo Baeza dice que Saint Jean es una obra maestra. Afirma que, si fuera niño, le gustaría estudiar allí. ¿Qué tiene de especial?

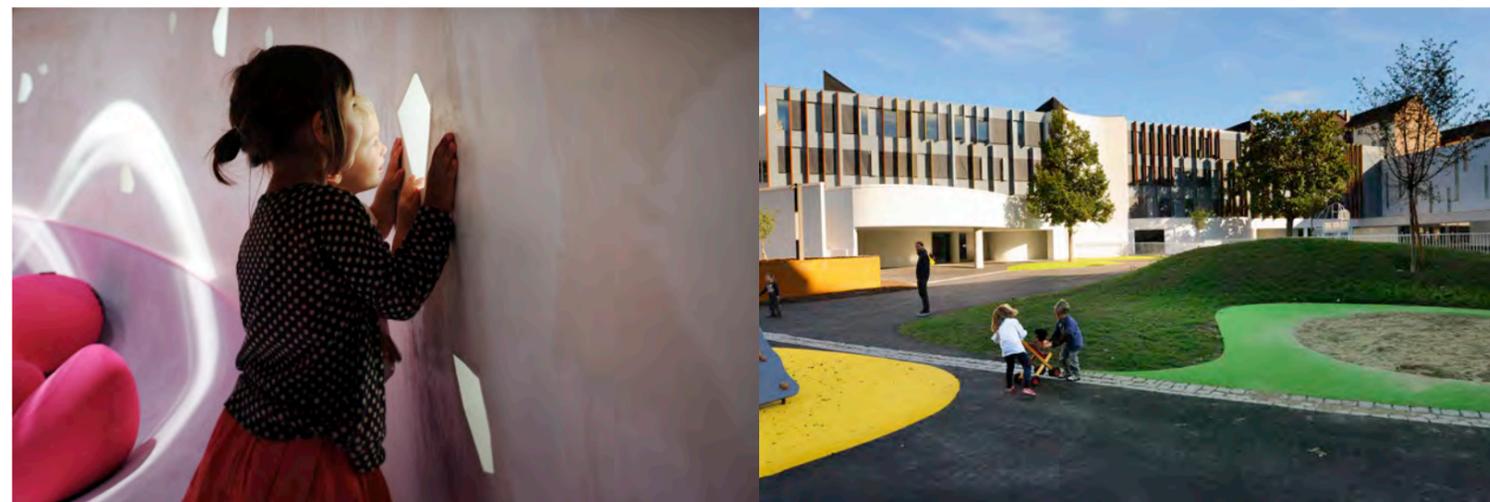
D.C.- En este caso se trata de la renovación de una construcción de los años 70 que carecía de zonas de uso específico. Los padres ya no querían matricular a sus hijos allí. Decidimos contrastar el rigor cartesiano de las aulas con formas curvas y blandas para la biblioteca y las áreas comunes. Estos lugares son como micro acontecimientos que suponen una ruptura en el devenir del día, y articulan rítmicamente el tiempo de los niños. Durante una visita al centro, Alberto Campo Baeza me dio un consejo que nunca olvido. Que no perdiese la oportunidad de hacer mi arquitectura aún más radical.



Residencia de ancianos en Orbec. Fotos: Eugeni Pons



Escuela Saint-Jean en Estrasburgo. Fotos: David Romero-Uzeda



Conservatorio de música en Belfort. Fotos: Eugeni Pons





Conservatorio de música en Belfort. Fotos: Eugeni Pons

Saturar el espacio

La belleza intrigante de las sombras proyectadas sobre los edificios de Dominique Coulon nos acerca a menudo al mundo metafísico de los lienzos de Chirico, y a uno de sus más grandes admiradores, el arquitecto mexicano Luis Barragán. Como él, Coulon no teme al color. Todo lo contrario, ve en él la posibilidad de saturar para llevarnos a un éxtasis cromático.

R. D.- Una de las señas de identidad de vuestra oficina es el recurso exuberante del color ¿Cómo abordáis este tema?

D.C.- De muchas maneras. Por ejemplo, en la residencia de ancianos de Orbec usamos un tono verde para la fachada, lo que sirve para camuflarlo en el paisaje y hacerlo un poco más furtivo. Los interiores se articulan a lo largo de un recorrido rico y lúdico, que se inunda de un rojo ardiente. El rojo tiene un poder estimulante, lo cual es perfecto para las personas mayores. Me parece falso que haya que aportar tranquilidad y tonos pastel a este tipo de instituciones. Son ideas que se instalan en el imaginario colectivo, pero que no tienen ningún sentido para mí.

R. D.- ¿Sigues una estrategia en el empleo del color?

D.C.- No. A menudo diseñamos primero la volumetría interior y el color aparece después. De manera consciente lo superponemos sin hacerlo coincidir con los límites del espacio, incluso a veces contradiciéndolo. Esto ge-

nera una capa suplementaria de significado, ya que el color desestructura el lugar, creando nuevas lecturas. Pero bueno, quizás no vayamos a estar abonados a esto para siempre.

R.D.- Entonces, ¿hacia dónde os gustaría evolucionar?

D.C.- Para nosotros es importante no repetirnos. En la piscina de Bagneux buscábamos una atmósfera diluida, como la imagen que tenemos del color cuando estamos bajo el agua. Así, los tonos no son tan vivos, y los espacios curvos dejan resbalar la luz suavemente. En la mediateca de Thionville, sin embargo, el uso es más sutil, porque son los materiales los que toman el relevo: el reflejo del acero del muro cortina, los revestimientos táctiles de corcho, los textiles... Otra vía que hemos abierto la pusimos en práctica en la fachada del teatro de Belfort. El hormigón gris nos parecía demasiado duro y rudo para una edificación cultural. No había presupuesto para tinarlo en la masa, y además había una dimensión poética que queríamos introducir. En colaboración con un artista, se salpicó uniformemente la fachada en dos tonos de azul, como si se tratase de un Pollock en tres dimensiones. Esta textura evoca múltiples imágenes: mármol, un entramado vegetal, un sistema de venas...

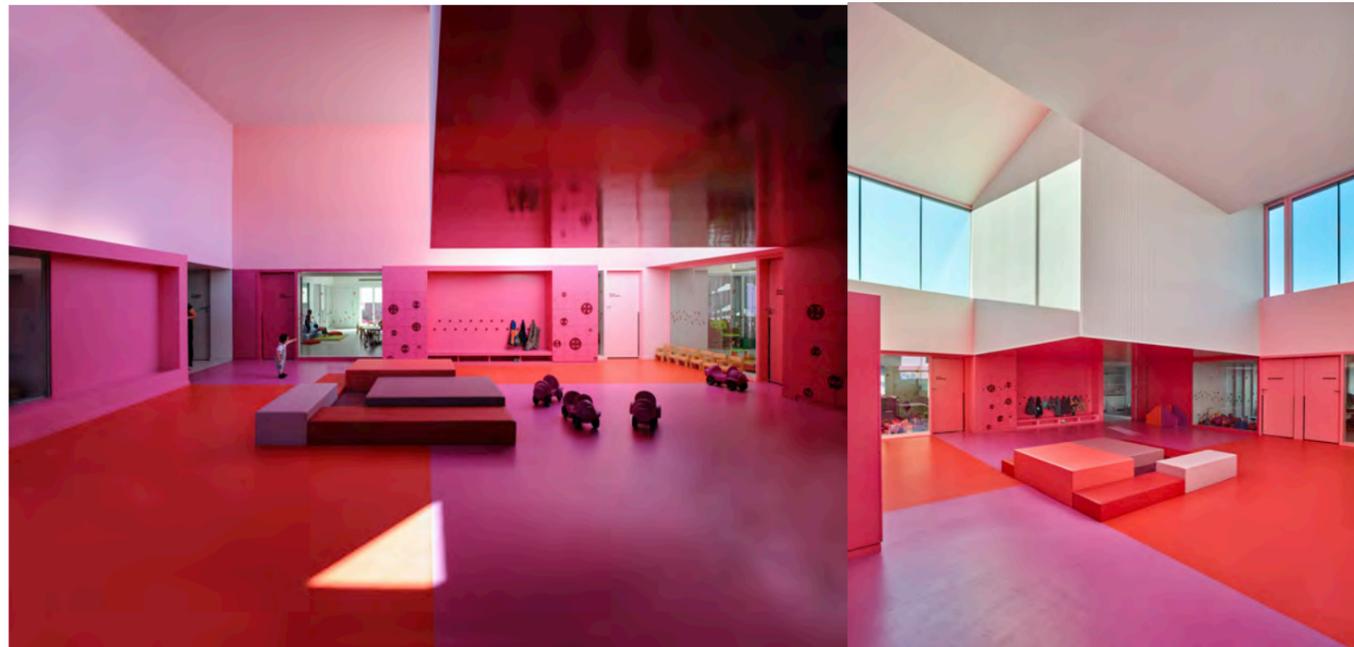
Control versus complejidad

Al acercarnos a la nueva sede del estudio del arquitecto, una fachada de madera carbonizada despliega ante nosotros una imagen elegante y durable.



Piscina en Bagneux. Fotos: Clement Guillaume





Jardín infancia en Buhl. Fotos: David Romero-Uzeda / Eugeni Pons

Una vez dentro, descubrimos que el edificio incorpora su propia vivienda en un solo volumen cosido por dos escaleras que se entrelazan, pero nunca se cruzan. Para resolverlo, Coulon ha hecho gala de su brillante manejo a la hora de incorporar múltiples factores que enriquezcan el proyecto. No en vano, imparte clases en la universidad de Estrasburgo desde la cátedra de Arquitectura y complejidad.

R.D.- ¿Cómo planteas la enseñanza?

D.C.- Intento ser coherente con lo que desarrollo profesionalmente. Me interesa un acercamiento global. No estoy descubriendo nada, pero debemos ser capaces de trabajar con toda la complejidad del mundo, no estamos ahí para simplificarla. Me gusta mucho enseñar a mis alumnos la estación de Euralille, de Rem Koolhaas. Es una ubicación complicadísima, que se resuelve con una estrategia muy rica: incorporar toda la heterogeneidad de la ciudad. Si es bello o no, eso ni siquiera es problema. Como hemos definido algunos de nuestros trabajos, se trata de “un caos afortunado” o “un caos feliz”.

R.D.- El equipo docente del que te rodeas es, cuanto menos, sorprendente.

D.C.- El futuro del arquitecto es moverse en un entorno multidisciplinar. En mis clases de la universidad incorporo paisajistas, botánicos, ingenieros de fluidos y de circulación rodada. Hasta un neurocientífico, que explica cómo funciona nuestro cerebro en un determinado lugar. Por ejemplo, cómo los niños se sienten más a gusto en espacios complejos que en sitios muy controlados y regulares, con una estructura muy ordenada y rotunda.

R.D.- Muchos arquitectos buscan ese control.

D.C.- Sí, a veces hasta límites ridículos. Intentan hacer coincidir todas las

líneas: los azulejos, la estructura, las puertas... Pasan horas para cuadrar cosas que de manera natural no coinciden. Y en ese ejercicio fútil pierden tiempo y la oportunidad de generar situaciones mucho más interesantes. Como hizo Le Corbusier no muy lejos de aquí, en St. Dié. No intentó cuadrar todo y cada elemento tiene su ritmo independiente: los pilares, las ventanas y el *brise-soleil*. Y en la superposición de los tres se genera una vibración dinámica de gran riqueza espacial y total sencillez constructiva. No me gusta que nos encerremos en dogmas absurdos. No estamos aquí para encuadrar todo en un orden perfecto.

R.D.- Bueno, algunos alegrarían racionalidad.

D.C.- Esto puede ser engañoso. A mi juicio no es cierto que repetir un elemento hace que sea más barato. Depende. De nuevo, la complejidad... ¿Has estudiado todos los factores en juego? Veo en esto una moral de ciertos arquitectos, una ética de la racionalidad en la que yo no creo mucho.

Conversar con Dominique Coulon abre huecos insospechados por los que mirar el mundo. Sus obras, en la línea de las “áreas de impunidad” descritas por Ábalos y Herreros, nos seducen con una frescura efervescente que estimula nuestra imaginación y nos incita a una nueva libertad. André Malraux escribió: “el mundo habría podido ser simple como el cielo y el mar”. Coulon, fiel admirador de la complejidad de la vida, pero sobre todo, deseoso de insuflar poesía en todos sus rincones, escribe una revisión de la célebre cita en los vidrios de su proyecto para el colegio que lleva el nombre del escritor francés. “El mar habría podido ser el cielo”. Es gratificante pensar que los afortunados niños que van a esta escuela tendrán más herramientas para comprender el caos contemporáneo. Y no nos cabe duda: colaborarán para que sea aún más hermoso. |



Escuelas Simone Veil en Colombes. Fotos: Eugeni Pons

